

PERSPECTIVAS PRÁCTICAS EN EL PSICOANÁLISIS POLÍTICO¹

Miguel Escobar Guerreo²

Cuidadoso de la teoría, a tal punto de considerarla dentro de un grado extremo de abstracción, el psicoanálisis no deja de estar firmemente volcado sobre la acción. La insistente expresión de "práctica psicoanalítica" es un testimonio de ello. Pero si se reduce a sus solos intereses clínicos y terapéuticos –"algunas centenas de neuróticos de más o de menos", como diría Zweig-, el psicoanálisis no dispone sino de un terreno muy limitado en relación con sus grandes posibilidades. En el pensamiento político de Freud y en los autores que hemos analizado, en sus proyectos y las hipótesis, se podría encontrar numerosas perspectivas prácticas y métodos concretos para la acción sobre el terreno político-social. Sin embargo, para definir con mayor precisión los caminos que lleven a la elaboración de un psicoanálisis político, todavía no muy aceptado, nos ha parecido útil reagrupar y caracterizar, con mayor precisión, algunos factores, mecanismos y principios que ayudarán en este empeño por ser pertinentes para el análisis de lo político, de inspiración del psicoanálisis político. Después de haber indicado como de la doble "amoralidad" del psicoanálisis y del político, surge una forma de *moral*, distinguiremos y detallaremos practicando un corte demasiado geométrico pero cómodo: un *triángulo psicopolítica* constituido por la Masa, el Jefe, el Sujeto; una *triada pulsional* formada por la pulsión sexual, la pulsión de apoderamiento y la pulsión de muerte; un *trío hablado*, –más que discursivo, que parecería demasiado filosófico- donde se puede escuchar la voz pública, la voz institucional y la voz del inconsciente.

El psicoanálisis político es una moral

Efecto paradójico: la relación que se establece entre el psicoanálisis y la política establece una moral. En la práctica analítica podríamos decir que la moral está

¹ Roger Dadoun. *La psychoanalyse politique*. Paris, PUF, 1995, p. 100-124.

² El presente escrito es una traducción preliminar del último capítulo del libro citado anteriormente.

prohibida. El analista está para "hacer la moral" a su paciente; si se esfuerza por llevarlo hacia un bienestar, en "hacerle bien" –este "bien" no está entendido para expresar un ideal moral y se queda totalmente atrapado en redes de una psique individual. El psicoanalista reprime su propio deseo de moral y se abstiene de señalar normas de conducta: pertenece al paciente avanzar sobre el camino de su libertad, definirlo y comprometerse. La pregunta profunda del paciente, ¿"Qué soy yo, qué debo ser?", lo enlaza sobre otra pregunta ¿"Que hago yo, que debo yo hacer?" dependiendo de él encontrar las respuestas. Que el político de otra parte sufre profundas incongruencias en relación con la moral, eso no sorprenderá mucho a quienes tienen conocimientos de los hechos históricos o solo una mirada rápida de las filosofías políticas -desde Platón el mismo, sea lo que diga, hasta Hegel, Marx o Carl Schmitt, pasando por Hobbes y Maquiavelo- o solo a quien observa con un poco de atención las prácticas políticas comunes. Por ello, el psicoanálisis se coloca abajo o en el umbral de la moral, prohibiéndose de pasarlo, mientras que el político, arguyendo de su compromiso directo con la realidad, cualquiera sea la forma que tome, se lleva más allá, largándola para librarse a ciertas tareas que juzga como más decisivas y más apasionantes. Atrapado entre *saber* y saber-hacer psicoanalítico de un lado, y *poder* y poder-hacer político del otro, el *deber* de moral, laminado, tiene a penas el grueso de un papel sobre el cual son escritas piadosamente sus nobles prescripciones.

Pero, desde que el psicoanálisis se acercó a la política ha tenido que salir de lo psicoterapéutico para acceder a terrenos más amplios que requieren establecer nuevas reglas de acción; recíprocamente, la acción política, de la cual el psicoanálisis pone en evidencia las dinámicas libidinales y las raíces inconscientes se le impone, por eso mismo, modos de cuestionamiento y de relaciones que lo sitúan –lo mueven– bajo nuevas luces, insólitos. Es dentro de este doble movimiento donde el psicoanálisis y la política van a reencontrarse –reencuentro que es corte, conflicto, crecimiento– que cortando la represión y el rechazo habitual, surge una forma original de moral, demasiado precaria y empírica para dictar el menor imperativo categórico, pero que se queda, esencialmente fiel al gran principio freudiano de *Wo es war, soll ich werden* –donde estaba el ello, el yo *debe* llegar, llevado para

reemplazar el yo político en el eje del ello y a investigar en el ello, lo que permita precisamente la edificación de un yo político.

UN TRIANGULO PSICOLÓGICO: MASA, JEFE, SUJETO

Por analogía con el famoso *triángulo edípico*, que reúne madre, padre e hijo dentro de un juego estrecho de relaciones libidinales, se puede elaborar un *triángulo psicopolítico* que agruparía tres elementos básicos de la realidad social como son la *Masa, el Jefe, el Sujeto*. Si utilizamos las equivalencias cómodas podríamos establecer la analogía entre la masa y la madre, el jefe y el padre, el sujeto y el hijo: se establecería así, por desplazamientos progresivos, la analogía entre la masa y el ello, entre el jefe y el superyó, entre el sujeto y el yo. Todas estas analogías se pueden hacer pero es necesario desarrollarlas, precisarlas para poder identificar las huellas específicas de cada uno de los sucesos psicopolíticos.

1. La Masa: regresión y alucinación

Todos los datos permiten pensar que la palabra Masa se constituye en el concepto fundamental del psicoanálisis político. Es concepto en sí mismo ejerce una incontestable presión: Freud titula su primer ensayo sobre este tema *Psicología de las masas ("Massenpsychologie") y análisis del yo*; el libro de Reich, *Psychologie de masse du fascisme*, es un clásico de este género; el termino se impone todavía por otras vías, con obras de referencia como *La révolte des masses*, del filósofo español, Ortega y Gasset³, o *Masse et puissance* del pensador austriaco Elias Canetti⁴. La palabra satura el discurso contemporáneo con dos polaridades ideológicas distintas: en singular, "la masa" tiene una connotación peyorativa, de "derecha" si se puede decir, mientras que valorizadas a la izquierda, "las masas" son valorizadas a la "izquierda" como actores dinámicos y soberanos de la historia y de la vida política. "Masas" evoca una gran cantidad de campos semánticos donde cabe diferentes

³ Ortega y Gasset, *La révolte de masse*, 1929, Labyrinthe, 1986.

⁴ Elias Canetti, *Masse et puissance*, Gallimard, 1966.

connotaciones como "multitud" y "colectivo", dos traducciones de "*Massen*" freudiano pero también "grupo", "comunidad" como también "pueblo" o "clase" sin olvidar las definiciones indefinidas, pero masivamente utilizadas como "la gente" o le simple "uno". De otra forma, teniendo en cuenta que Freud calificaba a la Iglesia y el Ejército como "masas artificiales" o "convencionales", nosotros llamaremos masa a todas las formas posibles e imaginables –así que utópicas– . Si forzamos el pensamiento freudiano, quien hacia de la hipnosis una "masa de dos", podríamos decir que dos sujetos son suficientes para formar una masa, en el sentido de una relación bruta y opaca. Hacer masa es un mecanismo –estructura, disposición, potencial- interno del sujeto que permite que la sola presencia del otro le sea suficiente para que se de esta relación. Aquí la presencia física no es ni siquiera necesaria ya que puede darse a través de la memoria, la interioridad, la fantasía, a tal grado que el sujeto metido en la masa se enfrenta a una interioridad que le resulta de extrema soledad.

No hay que olvidar que masa es el otro nombre de la horda freudiana, es el "animal de horda", el "hombre de masa", el "hombre de las multitudes"... La masa es una transformación de la horda primitiva y representa lo arcaico, lo originario, lo primordial dentro del hombre. En el hombre una especie de capa primaria del inconsciente anterior a los verdaderos empujes o formaciones conflictuales, existe el deseo primordial de retornar a su origen, de "fundirse dentro de la masa. Como la masa es un estrato bajo, primario del inconsciente, la masa se aparenta a un magma o a una fuente donde estarían almacenados, depositados y confundidos los bloques oscuros que podrían ser percibidos como los precursores de las pulsiones sexuales de apoderamiento y de muerte. Sin tomar demasiados riesgos en esta hipótesis, es posible, subrayando el registro funcional, de entender en "fundirse en la masa", un "fundirse en la felicidad". La masa, primaria, esta lista a acoger y a validar la felicidad fusional dándose, sellando el origen del sujeto: se reconoce ahí el motivo de la regresión uterina- eco del momento paradisiaco cuando el feto, casi fundido en la masa amniótica, hacia cuerpo, hacia masa con el cuerpo maternal- y el de la relación fusional ulterior, madre-hijo.

Maternamente la masa acoge, protege, envuelve, rompe limitaciones, prohibiciones, tensiones. Pero hay que tener en cuenta que, como madre arcaica, la masa posee la ambivalencia, aquella angustia primaria –klieniana, diríamos- de ser ahogada, inundada o de desaparecer, que marca de garra la felicidad opaca de la fusión. La masa no puede quedarse "inerte": dentro de su inercia misma, ella es movida por sordas turbulencias, movimientos brownianos; ella los conlleva y es vigilada dentro de un régimen de *pánico*.

El fenómeno social de la masa, analizado como regresión, fusión, bienestar y angustia parece estar directamente unido al inconsciente. La identificación alienante juega aquí un rol determinante: el sujeto al unirse, perderse dentro del otro, del grupo, se abandona, aliena toda identificación propia. La masa en su unidad, homogeneidad e identidad aparente, forma algo inconsistente: una viscosidad, un material blando y maleable que permite cualquier intervención y manipulación política. La masa es la materia prima de la política, esperando su orfebre, el Jefe.

II El Jefe: señuelo y sublimación

Entre el jefe y la masa se da una unión muy especial que le interesa analizar al psicoanálisis político. Esta relación no es solamente de complemento, es simbiótica de manera que el jefe y la masa se alimentan el uno del otro, se nutren el uno en el otro, asumiendo, cada uno a su tiempo los roles libidinales –paternal y maternal, fraternal y filial, infantil, masculino y femenino. Aun cuando la masa, descrita como "apática", es a la vez pasiva e impulsiva y frecuentemente caracterizada como infantil y femenina. El jefe es el representante de un poder paternal fálico y establece, con la masa feminizada que "posee", que violenta –"la violación de las muchedumbres" fue descrita por Serge Tchakotine-, una relación de tipo sexual que podríamos comparar con las fantasías de la escena primitiva, con aquella imagen turbia que el niño tiene del coito parental, que lo perturba y lo pasma, de la misma forma como queda pasmado y perturbado el sujeto político, infantilizado, atrapado, desconcertado y voyerista como loco en el cuerpo a cuerpo jefe-masa, donde él también forma parte.

El sujeto, metido dentro de un remolino de alucinaciones donde la masa proyecte y transporte los objetos internos y externos –acontecimientos, sujetos, pulsiones y fantasías- de los cuales él se nutre, el Jefe aparece, con relación a la masa alucinada –como el producto de una montaje o un bricolaje fantasmático: el Sujeto lo podemos comparar con cualquier espantapájaros utilizado para aterrorizar, construido de pedazos y con todo tipo de piezas traídas de diferentes lugares y estratos de la psique. Así podemos hablar de *trozo fálico*, surgido del registro paternal, lujuriosamente ofrecido al espectáculo, con sus erecciones imperiosas –cetro, bastón de mando o de mariscal, caña, uniforme que sangra el cuerpo, icono, monumento.. –y sus múltiples atributos y figuras simbólicas– águila, rayo, sol, caballo... –sus gestos hieráticos o gesticulantes- rectitudes del cuerpo de pie o sentado en el trono, brazos estirados o tendidos, cabeza alta y puños o manos levantados, *trozo maternal*, prodigando la buena nutrición del jefe, con cubiertas uterinas, abrigos, capas, togas, pieles; *trozo andrógino*, porque él acumula los sexos, y *trozo narcisista*, porque todo, y la masa en primer lugar, le sirve de espejo reflejando su imagen admirable multiplicada al infinito; *trozo fetichista*, si se descubre que "el rey que está desnudo", que hay vacío, ausencia, falta, como en la construcción fetichista analizada por Freud, en donde el fetiche esta erguido como "sustituto del pene de la mujer (la madre) al cual ha creído el bebe y al cual no quiere renunciar; *trozo de tanatos*, de pulsión de muerte, ilustrada por los rituales de la en la muerte del rey – testaferreros, el derecho a la muerte y su contrario, el derecho a la vida– siendo la prerrogativa eminente del jefe. Inmenso potencial de muerte dentro del cual el jefe oculta y receta... todo este embutido de fantasías, imágenes, pulsiones y otras construcciones libidinales que llevan a hacer del jefe *el expositor político del inconsciente*: el expone, detalla, exhibe en el campo social y a la vista de todos. Lo hace a tal punto que la masa se ciega y se alucina. El Jefe eleva a la masa a la potencia (en el sentido matemático del termino) de lo político. *Inconsciente poder Jefe. Esta formula condensada del psicoanálisis político funciona con su doble: Jefe potencia Inconsciente!*

El Jefe no excluye, de ninguna manera, los bloques del inconsciente en los que se constituye y se muestra. Estos bloques surgen proyectados, reagrupados,

aglutinados sobre su persona, en la armadura de la psique: el Yo con sus diversas facetas, el yo fuerte y superlativo caro a un *ego psicológico*, que funcionaría como fabrica de pequeños jefes y, el *yo ideal*, como su nombre lo indica y los *yo-placer* y *yo-realidad*, dentro de los cuales el jefe hace lo que él quiere, el *Ideal del yo*, que sirve de eje de identificación a la *Psicología de las masas* de Freud, y el *Superyó*, que conduce a la incandescencia, glorificándose dentro de la persona del Jefe quien dice y "hace la ley", distribuye censuras y alabanzas, castigos y recompensas –un superyó que toma proporciones universales: es como si Kafka fuera un sombrero de plomo encima de naciones abrumadas y es, *en fin*, el dios de justicia teniendo la creación enteramente bajo su ojo furioso. La sublimación engendra lo sublime que sin cesar la vuelve a lanzar.

Bajo sublimes apariencias, el Jefe sabe presentarse como el Ser Bueno por excelencia. Además de las funciones de representación, de organización y de defensa de la masa, él otorga una importancia particular a la función de unificación, de cohesión y de permanencia del grupo. El psicoanálisis político se concentra, por ello, en las dimensiones sociales manifiestas en el status del jefe, planteando otra forma de abordar el análisis, en la unidad que se da entre el Jefe-Masa.

III El Sujeto: división e inseguridad

No hay nada más gratificante para el psicoanálisis político que el término de "sujeto" el cual contiene múltiples significados tanto políticos como psicológicos. El Sujeto constituye su "objeto", el más delicado y el máspreciado, cargado de vivas implicaciones morales: es el sujeto el que debe aparecer, el que *debe* encontrar y seguir su *voz* entre la masa y el jefe, el que *debe* resistir y definirse frente a la traición, ante la manipulación y el dominio que le llega tanto del exterior (campo de lo político) como desde el interior (campo del inconsciente). De la misma manera que el sujeto clínico debe encontrar en él mismo los recursos para su emancipación, es en el interior de sí mismo que el sujeto político determinará y libera los medios para acceder a su autonomía: su libertad es una acción racional para la que el psicoanálisis político aporta algunas referencias, sin buscar imponer sus reglas.

Es imposible que sujeto conserve su status, pues se encuentra aprisionado entre la masa y el jefe. La Masa lo jala hacia ella, hacia lo más bajo y, de alguna forma lo atrapa, lo ingiere, lo aniquila. El Jefe –entendamos: el poder- "lo toma desde lo alto" atrapándolo por la violencia o seducción, escondido dentro una forma de dominio sublimado y mortífero. Esta división que enfrenta el sujeto es radical en tanto que está enraizada en el inconsciente y por ello es irreductible: un sujeto contra el poder, ¿ será posible?. Cuando el poder es totalitario, cuando la relación entre la masa y el jefe llegan a tomar proporciones monstruosas, este poder ocupa todo el espacio social y el sujeto ya no es nada –más grave aún cuando él permanece como presa de resentimientos, atado a un "doble violencia", un *doble herramienta*, según la expresión de Bateson que nosotros la tomaremos como *doble corsé* para marcar que el sujeto es deshilachado entre su aspiración para integrar una manada de lobos (jefe en todos los ordenes, partido, clan y todas las bandas en el poder, que hacen la ley y reino del terror, que ellos temen y admiran, que los fascina) y sus sentimientos de repugnancia, su vergüenza por haberse convertido en una bestia entre las bestias, masa montonera consagrada al aborregamiento y al matadero, *manada de borregos* que aunque desprecia es el premio que recibe cotidianamente. Esta separación es intolerable para el Sujeto, la vive con una frustración amarga, punzante, llena resentimiento entre el hombre y la masa: el hombre masa, es el *hombre de doble herramienta*, "pequeño hombre" de apetito extremo, que no puede ir más allá de sus límites –así lo demuestra la historia- allí es donde se entrega a las peores actuaciones, a las peores aventuras, al exorcismo.

El análisis del Psicoanálisis Político nos permite buscar otra forma de entender al sujeto, menos indignante, un forma de análisis que sea a la vez, político, crítico y moral en donde el Sujeto pueda encontrarse consigo mismo, rechazando el hundimiento al que lo somete la masa, el poder de las trampas engañosas y deslumbrantes a las que esta expuesto. Pero este camino es estrecho y precario, se construye entre la dominación y la simulación, esta a merced de retrocesos, abandonos, caídas, de las que nadie escapa –camino que parecería imposible: *mantenerse a distancia de la masa y del poder. A buena y justa distancia*, esto plantearía un problema de *justicia*, o sea, un problema equilibrio, de dosificación,

dentro de un análisis que desafía a la realidad. Camino *justo* que permitiera "hacerle justicia" a la masa en tanto que su poder responde a necesidades racionales. Pero, a la imperiosa necesidad, de reducir y de controlar el ser-masa que cada uno lleva en sí mismo, se agrega la dimensión social constitutiva de la humanidad como tal, balanceada entre la soledad y el autismo. Teniendo en cuenta tanto la estructura fantasmal del jefe como sus efectos devastadores para la realidad, el sujeto está llamado a rechazar los diferentes poderes que están contenidos dentro de las expresiones políticas.

UNA TRIADA PULSIONAL:

APODERAMIENTO, SEXUALIDAD Y MUERTE

El pensamiento freudiano tiene una estructura dualista marcada por la esencia conflictiva de la psique: su expresión paradójica se alcanza dentro de la lucha inexplicable que enfrenta a dos "potencias celestiales", "el Eros eterno" y "su adversario no menos inmortal" Tanatos: pulsiones de vida y pulsiones de muerte, fundamento de toda construcción analítica. La pulsión sexual ha nutrido una abundante literatura apartándose muy poco de la línea freudiana. La pulsión de muerte es objeto constante de rudas respuestas. La pulsión llamada de apoderamiento o de poder es, paradójicamente, el eslabón perdido del pensamiento político de Freud, sin dejar de suscitar, por ello, menos interés y necesidad de profundizarla. El psicoanálisis político tomará a la pulsión de apoderamiento como línea que conduce al inconsciente.

1. Pulsión de muerte: las cuentas abiertas

Abrir un libro de historia –ya sea griego, romano, chino, inca, turco o francés, es contemplar la terrible unión que existe entre el poder y la pulsión de muerte. Para todos aquellos, analistas o no, que se resisten a admitir que pueda existir y triunfar, en el corazón de la psique humana, un impulso de muerte, les bastará una mirada rápida sobre la realidad política para que pueda quitar sus resistencias. No es ni siquiera necesario tener en mente la hipótesis freudiana de la pulsión de muerte para darnos cuenta del deseo que experimenta el hombre para volver a lo inanimado: es

la muerte como tal que, franca y socarronamente, puesta en escena o administrada desde las sombras, horrible o glorificada, la que aparece llena de múltiples cadáveres, con incesantes flujos de sangre que podemos encontrar a lo largo de la historia de la humanidad. No será necesario realizar múltiples análisis sobre la situación actual para encontrar pruebas irrefutables y ver, con claridad, que un sistema político se puede juzgar teniendo en cuenta el número de muertos que ha producido, ya que son estos los que dan testimonio de la alianza que existe entre dicho sistema y la pulsión de muerte.

La pulsión de muerte yace en lo más profundo del inconsciente, ella se muestra y se renueva en aquellas expresiones públicas que parecerían estar ciegas: guerras, crímenes, exterminio de masas que se exhiben o se camuflan movilizand o todos los recursos de la sociedad y del hombre. Esta pulsión se manifiesta especialmente, en los sistemas totalitarios contemporáneos, grandes fábricas de muerte: se puede contabilizar cuantos muertos a producido en nazismo, el stalinismo..., las cifras hablan por sí solas. En la política, la pulsión de muerte se expresa vivamente y con voz inteligible: un político puede ser caracterizado por el campo de acción que entrega, activa o pasivamente, a la pulsión de muerte. Esto se puede comprobar tanto en el ejercicio de su mandato, en los campos de batalla, las carnicerías humanas, las ciudades devastadas, los campos de muerte, así como también en el resultado de sus acciones cotidianas, habituales: suicidios, delincuencia, adicciones, enfermedades, accidentes, violencia cotidiana (a través del gesto, la palabra, la miseria ...) Este es ya un primer punto de partida para un psicoanálisis político que analiza la pulsión de muerte dentro de lo político: no importa si este camino este camuflado o si se pueda conocer abiertamente. Lo importante es que puede descubrirse, nítidamente, las cuentas de la muerte.

2. Pulsión sexual: un acoso salvaje

Otro criterio, muy eficaz, dentro de la política es el tratamiento que aquí se hace de la pulsión sexual. Esta pulsión es un espectáculo cotidiano variado, casi siempre desconsolador y a veces horroroso... tecnología y programas puestos a trabajar para regular y, sobretudo, estrangular una sexualidad. Esta es percibida por todos los

sistemas políticos como desafío y resistencia para ejercer su dominio. Además de ser un potencial libidinal que se puede controlar y explotar en su beneficio. *La opresión sexual* es el camino de las facturas psíquicas por cobrar, como son el miedo, la vergüenza, la culpabilidad, la angustia. La *represión sexual*, se ejerce por el camino de las leyes, las instituciones, las reglas y presiones sociales, los códigos morales y religiosos, etc. Pero todo esto está ahí para ser visto, conocido, para poder elaborar un juicio serio y preciso sobre la calidad humana, la "calidad de vida" de una sociedad, con todas sus consecuencias morales y políticas que un tal juicio pueda conllevar. Es impresionante ver la fuerza mortífera (linchamientos, lapidaciones, mutilaciones) y el ensañamiento compulsivo (ningún detalle íntimo se escapa) a los que se llega para determinar un acoso salvaje de la sexualidad: condenas a las relaciones fuera de la institución, denuncias y prácticas llamadas "perversas", masturbación, homosexualidad o actos fuera de lo "natural", ritos tales como la extirpación que buscan deliberadamente limitar o suprimir el gozo sexual de la mujer, censurando y haciendo de toda sexualidad, concupiscencia y lubricidad, errores e infamias...

La tradición freudiana, después de haberse manifestado con claridad en el campo de la sexualidad, ha planteado un trabajo psicoanalítico que la intolerancia condena con acciones fascistas, represiones, censuras y sublimaciones violentas...: todo aquello que, por cualquier camino, conduce a una restricción de la vida. El análisis que aquí hacemos se enriquece, entre otras cosas, con las reflexiones de un Ferenczi quien saca a la luz "un sentido de realidad erótica", al izar la sexualidad al rango de una potencia eminentemente positiva, permitiendo un acercamiento, una comprensión, una irradiación del mundo y del tiempo diferente. Reflexiones que se complementan con la osadía de un Reich, quien atribuye a la potencia orgiástica una función esencialmente vital. Esta dinámica que ha producido algunos efectos importantes en el camino de liberación y de la tolerancia parece que hoy no tienen la importancia que debería tener. Hoy están acompañados de una verbalización inagotable, de un cuidado extremo para controlar la sexualidad, prevaleciendo la idea de que con el sexo va todo tipo de acomodos y de abusos, presentando la censura como un mal necesario frente a los desafíos políticos que hoy plantea la sexualidad y

tratando de encubrir toda esta problemática a bases de recetas. El psicoanálisis, por ello, se aparta aquí de la acción encubierta o militante ya sea de analistas y cualquier persona que asuma una ideología religiosa, moral, política o puritana.

Sin dudar que es necesario ir más allá de Freud, el psicoanálisis político tienen que analizar, detenidamente, el principio de autorregulación sexual, reivindicándolo vigorosamente en el plano político, frente a los integristas religiosos o morales, a las expresiones disimuladas de regresiones políticas-sociales y del terrorismo religioso. Aquella que se defienden con argumentos o represiones, teniendo en cuenta lo que ellos alientan, suscitan y avivan.

2. Pulsión de apoderamiento: una fuerza "anteprimaria"

La pulsión de muerte y la pulsión sexual son fuerzas inconscientes primarias –y reconocida como tales. El psicoanálisis político analiza la pulsión de apoderamiento considerándola como una fuerza "anteprimaria"- como línea de fuerza del inconsciente. Lo poco que Freud ha dicho al respecto –"fuerza", "anterioridad"- va en este sentido. Esto significa que la pulsión de apoderamiento esta siempre presente en todas partes, en todo momento, siendo una pulsión que precede a cualquiera otra: no existe nada sobre lo cual ella no ponga su poder, no extienda su imperio. El apoderamiento fundamenta y sostiene todo el imperio del ser humano: después del reino del feto sobre su pulgar que chupa, del bebe sobre el seno que agarra - el "imperio de los senos"- y de la victoria sobre sí mismo, se llega a la más extraordinaria construcción imperial: su Imperio que, desde el origen, lo convierte en rey del universo.

El apoderamiento es el primer gesto del viviente. Vivir es tomar –tener, retener, arrastrar, poseer ("instinto de posesión") de dominio ("pulsión de dominio"). Pero es necesario ir todavía hasta lo más elemental, lo más primitivo, llegando hasta la fuerza bruta que nutre el gesto de apoderamiento. La pulsión de apoderamiento aparece como siendo la Pulsión misma, alrededor de la cual se enreda, a la cual se agarra –he aquí mismo el apoderamiento– la pulsión sexual y la pulsión de muerte, dentro de una enredadera sin fin que permite sus enlaces en todos los sentidos. Muy escasos son los análisis sobre el apoderamiento para omitir los trabajos del

psicoanalista húngaro Imre Hermann, quien en *El instinto filial*, aborda la noción de apoderamiento por la vía de los instintos de aferramiento o reflejos de agarramiento. Sobre la base de los datos psicoanalíticos y de observación efectuados en el zoológico de Budapest, en relación a los signos de los antropoides y, especialmente, en el seguimiento del comportamiento de los pequeños colgados vigorosamente al pelo de la madre, Hermann saca a la luz el rol determinante de la mano (instrumento de una "razón periférica") y del agarramiento al cuerpo maternal (con el acto antagónico de desatarse) como característica de la evolución del recién nacido a lo largo de toda de la vida animal y humana. El ser humano, después de perder la madre, continuará indefinidamente esta búsqueda dentro de un cuerpo a donde agarrarse, de un pelo al cual pueda engancharse. Con la ayuda de múltiples y penetrantes ejemplos tomados de diferentes disciplinas –etiología, sociología, prehistoria, psicología -, Hermann subraya la acción decisiva y creadora que se da en la formación y la evolución de la humanidad: la pareja antagónica se engancha – se desengancha, ata – desata, en lo que Geza Roheim llamará, dentro de su análisis antropológico, la fuente de todas las creaciones culturales. El psicoanálisis político encuentra aquí un instrumento a la vez simple y eficaz pues no existe ningún comportamiento sociopolítico –"humano" simplemente- que no sea definido por un apego u adhesión, adherencia, apoderamiento, fidelidad, fe, etc., hacia organizaciones, doctrinas, hombres, imágenes. En síntesis, no importa el objeto al cual uno se agarre (ya sea en el sentido estricto, dramático y a veces mortal de esta expresión) de ahí que este principio genera numerosos eslóganes: "la libertad o la muerte", "correcto o equivocado, es país", "el partido siempre tiene la razón", etc.

La asociación mano-piel descrita por Hermann da lugar, entre otras cosas, a este "servicio dérmico" - tocar y rascarse la piel, quitar escamas o parásitos despiojar, frotar zonas y puntos irritables y sensibles- en donde el ser viviente se sujeta para poder alcanzar otras transformaciones ya sea en el plano simbólico, en los discursos y/o en los actos de sustitución. Hermann analiza bajo este ángulo *Le Mein Kampf* de Hitler, quien presenta a los Judíos como parásitos incrustados en el cálido y dulce abrigo de la Madre-Alemania –a quienes es necesario destruir y suprimir -. Hermann desarrolla y combate esta interpretación en su *Psicología del antisemitismo*, escrita en

1943-1944, un poco antes de la destrucción en masa de los Judíos húngaros por los nazi, siendo un texto no solamente rico en apreciaciones, sino que va más allá del *desprecio* casi incomprensible del antisemitismo nazi.

Ni la muerte ni la sexualidad pueden estar disociados del gesto de apoderamiento. El apoderamiento los sostiene y los lleva, podríamos decir, hasta los *últimos extremos*: la relación sexual llega a convertirse en pura relación de apoderamiento, de "posesión", ya sea como se ilustra en la relación sadomasoquista o en las dramáticas fantasías de apoderamiento que encarna el Don Juan, quien no sintiéndose contento con poseer miles de mujeres "mille tre", sueña - ¡qué imperio! - "en otros mundos mejores para allí poder extender sus conquistas amorosas"- ... No hay nada más amenazador, de hecho, que los juegos complejos y tormentosos del apoderamiento y de la muerte. La muerte cuando llega lo hace, brusca o lenta, para desenganchar al sujeto *quien ya no se agarra a la vida y se suelta*. Esta actitud es contraria, al apoderamiento que le da sentido, sustento al sujeto. El sujeto que mucho abraza y mal aprieta llega la muerte; y la muerte, ella misma, se presenta como un apoderamiento que se eterniza...

La política ofrece a la pulsión de apoderamiento su terreno de acción. Ella es, principalmente, expresión y ejercicio de la pulsión de poder y de la *pulsión para el poder*. Aquí encuentra una línea directa y brutal, el camino permanente al acto. Imponer su imperio o soltarlo, arrastrarlo, bajar las manos o poner *la mano alto*, engancharse, etc. Esto es lo cotidiano de todo poder y, de la misma manera, la experiencia cotidiana de cada uno. Siguiendo a Freud, podemos decir que "poetas y novelistas... son en alma de la ciencia " –y más aún dentro del psicoanálisis político – "nuestros dueños". Por ello tomaremos de la novela de George Orwell, 1984, una de las representaciones, las más significativas de lo que es el apoderamiento político. En esta novela aparece la imagen alucinante de una masa llena de odio y de furia, en donde el protagonista mismo, ya sin ninguna resistencia, es obligado a fundirse al Jefe del Partido quien expresa, frente a su víctima quebrada por atroces torturas, su concepción de poder: -"El partido busca el poder por el poder, exclusivamente por el poder... El no busca ni la riqueza, ni el lujo, ni una larga vida, ni el bienestar. El busca solamente el poder. El puro poder". Tan pura y absoluta es en este punto la pulsión

de apoderamiento que absorbe a la pulsión sexual y a la pulsión de muerte: "El instinto sexual será extirpado - proclama el Jefe- nosotros aboliremos el orgasmo". La muerte es el objeto de un "Culto" triunfante –"si usted desea una representación del futuro imagínese que en una caja hay un rostro resbalándose ...eternamente" - y negándose. "Si el individuo se lanza dentro del Partido hasta fundirse con el Partido, se convierte en potencia-pura e inmortal". Tal es la fuerza primordial, propiamente *anteprimaria* del apoderamiento que, aboliendo sexo y muerte, se adueña del universo en su totalidad. "Nosotros creamos la naturaleza humana", "nosotros hacemos las leyes de la naturaleza, decreta soberanamente el Jefe... En otros términos "no habrá ni arte ni literatura, ni ciencia" – no perdurará más que el apoderamiento, Pulsión pura, identificada como ficción política, tan cerca de lo real como lo exige la figura Unica, el Big Brother sobre el cual se proyecta siempre, reflejo de una libido anulada dentro de un licor descompuesto. Sobre el sujeto abatido, reducido a la nada, Orwell toma lo obscuro y lo familiar atacado por la copulación entre hombre-masa y el Jefe: "él amaba el Big Brother"

UN TRI-DISCURSO: INCONSCIENTE, INSTITUCIÓN, PUBLICO

El psicoanálisis político trabaja entre los discursos y las prácticas en las que se ve envuelto lo político, analizando este discurso en el terreno de lo pulsional, como expresión del inconsciente.

1. Palabras inconscientes

Las técnicas para el análisis del discurso, elaboradas por Freud tanto en *La palabra de espíritu y su relación con el inconsciente* como en *La interpretación de los sueños*, son de gran ayuda para el estudio del discurso político. Este se caracteriza por la abundancia de estereotipos –"lengua incoherente" – y por las relaciones particulares que establece con el poder (el cual es un maestro de la palabra), con la realidad (objeto de manipulación) y con a masa bajo los efectos de la pasión. El discurso político esta en adoración permanente con la masa y como discurso del poder sus palabras deforman lo real –escondiéndolo, falsificándolo, mistificándolo, ocultándolo. Esto permite plantear, por lo menos como hipótesis de trabajo, que *en su esencia el*

discurso político es mentiroso, especialmente cuando dice la "verdad" porque esta, siempre será relativa, aleatoria, precaria, recuperada y hundida dentro de las redes pulsionales –poder, sexualidad, muerte- que necesariamente la alteran, como la refracción altera la masa. El objetivo de toda investigación psicoanalítica será entonces el de seguir los discursos para identificar las marcas, *las huellas*, los caminos que permiten la irrupción del inconsciente, especialmente aquellos que llevan un contenido de "verdad" que se emiten "sinceramente", "con toda responsabilidad", "en verdad yo se los digo"... Siguiendo estas huellas, se descubrirá que la mentira política es también aproximación a la verdad, palabra del inconsciente que proyecta fuertes resplandores sobre las estructuras de la sociedad y del poder.

El psicoanálisis político puede parece simplista: uno no desea más que el poder –esto se llama "ambición"; uno avanza a fuerza de golpes y bajezas –esto se llama "realismo"; uno se regocija con el poder –esto se llama "responsabilidad"; uno lo conserva por todos los medios –esto se llama "grandeza". Pero no es así, lejos de ser simplista, el psicoanálisis político muestra la claridad que existe entre tantas confusiones mostrando las motivaciones inconscientes (y voliciones), los finos e interminables engranajes en lo que quedan atrapados el individuo y la sociedad, los gobernados y los gobernantes, las masas y los jefes. El psicoanálisis devela la forma como la política juega con la ilusión, la alucinación, la mistificación, apoyándose para ello de la pulsión de apoderamiento, definida como fuerza primordial del inconsciente. Pero todo esto plantea, lejos de ser una reducción, muestra los lazos indisolubles que existe entre las pulsiones y la realidad, los enredos de las motivaciones inconscientes y los actos de voluntad, los engranajes que nunca terminan y en donde son agarrados el individuo y la sociedad, los sujetos y los gobernantes, masas y jefes. El psicoanálisis se encuentra en este punto con un obstáculo mayor: el muestra como ningún otro análisis que lo político devela la ilusión, las alucinaciones, la mistificación... El se mete debajo de las garras de una pulsión de apoderamiento, definida como fuerza primordial del inconsciente, llevando "Muerte y Sexualidad" dentro sus irresistibles movimientos. Pero, a pesar de todo, continua el infalible lazo de lo político con lo real, con sus exigencias objetivas y las determinaciones tomadas del exterior dentro de las redes psíquicas. Este tipo de

unión, aunque expuesta a todas las deformaciones posibles, no se paraliza y deja nacer todas las formaciones específicas que se designan con el nombre de lo Político, que no se reduce solamente a sus capacidades de reflexión y de acción sobre lo real –como lo pretenden filósofos y políticos- pero tampoco a sus raíces psíquicas e inconscientes, como lo plantearía un acercamiento psicoanalítico apresurado.

2. Lenguas de la institución

El discurso político cubre una gran variedad de "dialectos". Toda institución elabora y preserva un lenguaje que le sea propio, "palabra comunes", verdadera "jerga autentica" buscando validar su estructura, su función, su comunidad, su identidad. Debajo de cada una de las palabras pasan los signos de reconocimiento: signos que son pistas del inconsciente lanzadas por el sujeto. El psicoanálisis político se prepara a identificar, hacer inventario, desmontar esta "jergas", estas "tablas de palabras" de los cuerpos constituidos, sus "lenguas incoherente" que enfrían o calientan las instituciones. El psicoanálisis político no descuida, por tanto, las vastas formaciones sintéticas donde lo político e inconsciente aparecen potente y fuertemente abrazadas. El Dinero, el Derecho, la Utopía se imponen aquí como ejemplos espléndidos. El Dinero se iza al rango de potencia universal, llegando a las puertas de lo absoluto –cargado de una homogeneidad y una unidad que hubiera hecho soñar a cualquier despotismo primitivo. Este fue uno de los primeros y más profundos descubrimientos de Freud quien demostraba, "nuevo Midas", los lazos íntimos entre el oro y el excremento, la estructura anal inconsciente, del dinero. Pero este registro permite definir "un carácter anal" individual, una "cultura anal" que resulta insuficiente cuando el dinero se convierte en el medio universal de intercambio, sin equivalencias en toda la historia del mundo, que posee bajo el dominio la totalidad del universo y bajo su flechazo, lo esencial de lo político. El psicoanálisis político toma en cuenta, entonces, la relación entre libido anal, la pulsión de apoderamiento y la forma original de racionalidad que el dinero hace fructificar y donde llega la relación entre lo abstracto y lo concreto. El Derecho toma a una racionalidad análoga: el formula la ley, que es abstracción y la aplica concretamente. Pero no menos rica es su carga libidinal, delicadamente violada y que los trabajos eruditos de Pierre Legendre devela.

Este autor, analizando el "Poder" en el libro "El amor del censor" habla de cómo "el Poder toca el nudo del deseo" y como el "sistema jurídico", "gran farsa social" es "una sexología para asegurar y justificar el poder de los jefes". El psicoanálisis político abre aquí un camino particularmente fructífero y sensible. En cuanto a la utopía es conocida por su construcción artificial –evasión o fantasía– que busca, especialmente, darle forma a todos los deseos –amor, comunidad, autarquía, inmoralidad– darle vida a un deseo de racionalidad o de racionalidad como deseo que la misma razón tendría dificultad de razonar. La utopía conduce a una doble operación: en su proyecto manifiesta e incluso excita la racionalidad, reintroduce el deseo y, al mismo tiempo, lo reconoce como formación del inconsciente, rechazando la imagen de este último como lugar privilegiado de lo irracional, otorgándole al concepto de razón, acostumbrado a desear poco, un aire nuevo, este nuevo aire que precisamente hace parte de lo extraño de las construcciones utópicas".

Si existen las "*lenguas incoherentes*", ¿no convendría buscar una *lengua sabias* –que irrigando la lengua mantenga una vibración creativa? Los discursos políticos y el lenguaje de la institución, dicen lo suficiente para darnos cuenta hasta que punto las palabras se gastan rápidamente. Pero es posible ver entre líneas que, dentro de los intersticios de lenguaje, algo perdura en la *institución*. Es necesario, entonces, que al escuchar la lengua se pueda distinguir lo que en ella persiste como lo *instituyente*, aquello que no es más que lo *instituido*: este último no será más que hábito y repetición, automatismo y esclerosis, burocracia y lengua incoherente, inclinación mortífera –allá donde, en revancha, lo instituyente se sometería a superar la inclinación de lo habitual, para preservar el contacto con las fuentes creadoras, lo erótico vibrante de la lengua. Pero una lengua de la institución que se aventura así al ritmo de la poesía –donde lo político no es la cura – hace por ello más necesario la intervención del psicoanálisis político.

3. Lo Público de los discursos

Para marcar el movimiento de continuidad de la familia hasta la humanidad, bajo el signo de la culpabilidad y de "la eterna querrela entre amor y deseo de muerte", Freud utiliza esta curiosa fórmula: "Aquello que comenzó con el padre se termina con

la masa". Pero el "padre", políticamente, no termina nunca de estar ahí y la masa, que impulsa siempre, a tomando la figura omnipresente y universal de lo *Público*. Es a él, sin descanso y de manera masiva que se lanza el discurso: él es transparente, cauto y cómplice, activo y pasivo, víctima y objeto –singular e incontornable objeto de observación de todo psicoanálisis político. Se asociará directamente a los medios de comunicación de masas, a los *medios de difusión*: lo público, diremos, es la *masa comunicativa*, torrente de mensajes, librada al adiestramiento, atiborramiento y desvergüenzas de todo género, sometida a incesantes posturas del inconsciente, a los deprimentes efectos políticos: pero el es o puede ser también *masa comunicante*. La masa es capaz de transformar y de reenviar los mensajes recibidos, de absorber y de "negociar" las presiones ejercidas y de marcar una distancia crítica frente a los discursos, de los poderes que la manipulan y la condicionan. En la medida en que el discurso se constituye en objeto sincrético que engloba todas las capas sociales, todos los lugares del planeta, tiende a ser más heterogéneo, más problemático, más independiente. Es necesario señalar aquí, que la importancia creciente de la "opinión internacional", le compete también a la observación psicoanalítica.

La imagen de lo público es inseparable del "engaño de la imagen". Armand Robin en su libro *La falsa palabra*, dice que la imagen "es utilizada dentro de temibles operaciones de dominación mental". Sin duda la televisión contribuye a *domesticar* – de *domus*, hogar- "al pueblo de televidentes", nuevo avatar de la masa. Pero para el psicoanálisis político la imagen constituye un instrumento fantástico, el sueño de los divanes, de incoercible profilaxis: de la misma manera que el análisis del sueño le permitió a Freud desarrollar de manera artesanal e individual su revolución psicoanalítica, la profusión de imágenes que aparecen en las pantallas, los flujos y líneas de fuerza inconscientes, que aquí se diseñan y se muestran a la vista de todos y de nadie –palabras, lapsus, mímicas, gestos, incidentes, actos, escenas que van y vienen, que surgen por todos lados- ofrecen al psicoanálisis político un prodigioso e invaluable material que sabrá analizar: algo de incalculable valor para la construcción de una nueva *psicopatología de la vida cotidiana*, como si fuese un espejo que refleja al infinito la luz del *malestar de la cultura y el porvenir de la ilusión*. Sin embargo, existen insólitas claridades proyectadas sobre la figura del poder, todos los *totems* y

tabús, que ponen al desnudo ese aparato que lanza luces desde la oscuridad para que el Sujeto sepa encontrar el camino hacia su autonomía.